

# CRIMEN ON THE ROCKS

*Alfonso Vázquez*



«La Catedral de San Roque me pareció  
la premonición de la luz de España for-  
jada por la espuma de las olas».

HANS CHRISTIAN ANDERSEN  
*Viaje por España y sus posesiones*

## LUNES 12 DE JULIO

### 1

SAN ROQUE ON-THE-ROCKS era solo una intuición, un eco turbio y lejano amortiguado por las gruesas cortinas y las planchas de corcho que recubrían las paredes. La habitación le resguardaba del ruido de los coches, el taconeo pesado de las busconas y de los cánticos zarzueleros que atentaban contra el género chico. Y hasta el año pasado, de los aviones ingleses que, sin violar el espacio aéreo, pasaban muy cerca, horadando el cielo. Y sin embargo, solo una cosa le levantaba como un resorte de la cama: cuando su oído detectaba el cíclico testarazo de los transeúntes contra una farola mal alineada en la avenida de Narváez, en el barrio de Salamanca. Había sido costeadado por el marqués de Salamanca y contaba con tres grandes avenidas que partían del antiguo Parque Real, luego de la República y hoy Parque a secas. Sentía un especial afecto por ese objeto díscolo, desplazado unos centímetros de su lugar natural, lo suficiente como para que cada noche al menos uno o dos noctámbulos se toparan con su destino. En la mayoría de los casos sus cuerpos rebotaban y variaban el rumbo, aunque a veces, con un poco de suerte, se daban un costalazo en la

acera. En esas ocasiones, de su cuerpo casi traslúcido, caracterizado por unas ojeras como la cueva de Lascaux y un bigote mortecino, surgía una risilla de conejo que desmentía lo que llevaba pregonando desde hacía lustros: que era de salud delicada y que si no criaba malvas era porque se preservaba del mundo con la testarudez de un eremita.

Esa madrugada, como las de los últimos años, descansaba sobre una montaña de cojines apoyada en la cabecera de la cama. Con letra menuda, como hileras de hormigas, hilvanaba paciente una historia que crecía «igual que magdalenas en el horno», una de sus frases favoritas. Lo que había empezado como una breve incursión en el pasado se había convertido en una estancia perpetua de la que no quería regresar, de ahí que, pese al tiempo transcurrido, estuviera muy lejos de concluir su enciclopédica novela, de la que había publicado los tres primeros tomos.

Aunque herméticamente aislado, las cortinas dejaron escapar destellos de luz, estrellas fugaces que cruzaron el techo del cuarto. «Debe ser el primer tranvía, ya comienza la semana», se dijo, y consultó el reloj de la mesita de noche: las 6.30 de la mañana. Delante, extendidos al tuntún, los papeles con tachaduras cubrían toda la colcha. Una gota de sudor cayó en mitad de la palabra «bosque», abriendo un cortafuegos de tinta. Estaba en pleno julio y el escritor se empeñaba en cocerse en su propio jugo costase lo que costase. El clima, pese a ser mucho más suave que en la metrópoli, cobraba su peaje veraniego. ¿De dónde le venía ese miedo ancestral por los resfriados?

Sonaron dos golpes en la puerta. Celeste, la joven sirvienta, apareció con el café. No se sorprendió al ver al dueño de la casa ensimismado en su escritura diminuta, con el abrigo forrado de piel por encima de los hombros coronando el monte

de cojines. Era un personaje de Jack London dejado a su suerte en Alaska.

—¿Le aparto los papeles?

—Deje, lo haré yo. —Sus ojeras tenebrosas parecieron disolverse a la vez que le dedicaba una sonrisa exhausta.

—¿Cómo va con los pinceles?

—Bien señor, haciendo progresos —respondió radiante. En el último año el dueño de la casa le había animado a pasar las horas nocturnas de servicio, a veces horas muertas en las que el escritor nada pedía, a adentrarse en el mundo de la pintura. Del resultado hablaban las paredes del largo pasillo que conducía a la alcoba. La decoración se había resentido con los titubeantes progresos de Celeste. El último cuadrito, pintado de memoria en el cuarto de servicio, reproducía casi la misma escena de ese amanecer: el escritor dedicando una sonrisa desfallecida al espectador mientras, sentado en la cama y rodeado de hojas con tachaduras, sostenía una tacita de café. Le había encantado el detalle de la joven, hacia la que sentía un aprecio desprovisto de segundas intenciones, algo que sus amistades más malévolas justificaban diciendo que era de la cáscara amarga. El sambenito de siempre.

—Ese cuadrito en el que está trabajando, ¿me lo enseñará antes de que lo acabe?

Celeste soltó un amago de risa.

—No hay mucho que enseñar, se lo aseguro. Es una copia de la lámina que me dejó, la vista de esa ciudad holandesa.

—Delft —aclaró.

—Sí, Delft. Es muy difícil copiar tantos tonos señor. —La sirvienta se ruborizó. Rolliza y de ojos azules, respondía al clásico modelo rubensiano de belleza, aunque su pelo negro no habría encajado en las *Tres Gracias*, rellenitas pero rubias.

—¿Sabe una cosa?, aparte el café y tráigame el cuadro esté como esté, tengo mucha curiosidad.

—¡Oh no señor!, ¡me da vergüenza enseñarle una cosa así, sin terminar todavía! —El rubor de la joven se volvió magma volcánico. En su cara también podía adivinarse un alborozo contenido.

—No se preocupe, confíe en mí.

Cuando lo sostuvo entre sus manos le costó trabajo adivinar el motivo. Delft aparecía borrosa en un aquelarre de colores chillones que bien podía representar el carnaval de alguna ciudad del Trópico.

—Es... intenso —sentenció. La sirvienta respondió con una sonrisa de disculpa—. Siga así, trate de modular la intensidad de la paleta para que el resultado final sea más... armonioso, pero no desfalezca.

—Gracias señor.

Celeste se había incorporado al servicio de la casa justo antes del estallido de la guerra y salvo un breve flirteo con el chófer de una casa vecina y una sonora ruptura, había mantenido una actitud discreta y silenciosa. Discreción y silencio era lo que él pedía para poder levantar sin descanso su obra ingente. Iba creciendo en todas las direcciones, como un río desbordado, mientras las ojeras socavaban su rostro.

Había vuelto a sus quehaceres con letra microscópica cuando escuchó el débil eco de un golpe. Detectó la fuente del sonido y al momento sus piernas de alambre saltaron de la cama, precipitándose hacia la ventana sin desprenderse del abrigo. Había dejado tras él un revoloteo de hojas mientras oteaba por el cristal con ilusión infantil. Justo al pie de la farola descolocada yacía una víctima más de la chapuza municipal.

—¡Vaya trompazo! —dijo acompañándose de una risa conejil.

La farola díscola iluminaba la escena con fulgores desteñidos. Bajo sus dominios vislumbró a la persona siniestrada, una mujer. Estaba boca abajo, tumbada en diagonal, con el sombrero de flores caído a un metro y los brazos extendidos como si se hubiera tirado de cabeza a esa piscina de asfalto.

El escritor dejó de reír y apoyó la cara contra el cristal aguardando algún movimiento de la víctima. No se veía a nadie en la calle, pasaron los segundos y la mujer seguía sin incorporarse. Entonces, el autor de esa magna obra escrita entre paredes acolchadas, por primera vez en muchos meses se alteró.

—¡Celeste! —llamó por el pasillo. En otras circunstancias habría usado el timbre junto a la cama.

La sirvienta acudió extrañada a la carrera.

—Voy a salir. Una mujer acaba de tropezar con la farola y no se levanta.

—¿Le acompaño?

—Como guste, vamos.

—Señor, está en pijama.

—No hay tiempo, me abotonaré el abrigo en el ascensor.

Cuando llegaron la escena no había cambiado. La mujer seguía postrada al pie de la farola rebelde. Junto a ella se sucedían, a ambos lados de la avenida, edificios de ladrillo rojo y balcones artísticamente forjados, siguiendo el patrón madrileño del siglo anterior.

—Dios mío mire, ¡hay un charco de sangre! —señaló Celeste. Una mancha oscura y viscosa invadía la acera.

—Ayúdeme a darle la vuelta. —Cubierto hasta los tobillos por su abrigo, parecía un animal negro y emplumado.

Al colocar el cuerpo boca arriba vieron el cuchillo clavado y la sangre refulgir en el pecho de la víctima. Tenía un gran golpe en la cabeza.

El escritor tardó unos segundos en reaccionar mientras Celeste, viendo su indecisión, se agachó y llamó a la mujer con timidez.

—¿Oiga?, ¿me escucha usted? —le dijo mientras le sacudía un brazo. La luz acrecentaba los tintes mortecinos que iban abriéndose paso en su rostro. El autor le tomó el pulso cogiéndole la otra mano. Manuel Villegas, alias *el Proust*, reconoció entonces los ojos verdes, abiertos de par en par; los cabellos castaños desparramados en rizos sobre la acera y los pómulos, delicados altozanos en una cara mil veces descrita.

—¡No puede ser! ¡Laura! Celeste, suba y llame ahora mismo a la policía.

—¿La conoce señor?

—Sí —dijo, y al cabo de unos segundos pudo concluir la frase, pero la sirvienta ya había subido— ...es un personaje de mi novela.

## 2

LAS NUBES DE PLOMO, mal encajadas, permitían que un dardo de luz iluminara de forma testimonial las aguas mañaneras. Desde las ventanas de la comisaría dos pesqueros regresaban de tentar la suerte en el Canal de Bristol, seguidos por un revuelo de gaviotas que entonaban lo que un columnista poco inspirado llamó «la banda sonora de San Roque on-the-Rocks». Incrustado en la cabeza de los sanroqueños desde generaciones, el gavioteo incesante era insoportable para muchos visitantes. La causa del clamor pajariego se encontraba en la vecina isla de Lundy, cuyo perfil de portaviones surgía apenas esbozado en el horizonte los escasos días de sol. La isla, men-



cionada de forma vaga en el Tratado de Valladolid y sujeta a interpretaciones jurídicas dispares, acogía la mayor colonia europea de gaviotas cuellirrojas. Eran aves de potentes graznidos y, según las malas lenguas, hendían el viento a más velocidad y tenían una puntería bastante más certera que el resto de congéneres a la hora de soltar sus blancas deyecciones.

El comisario Antonio Mompou notó el chocolate especialmente espeso y aplicó el mismo esfuerzo en removerlo que si batiera bolas de acero. En esas estaba cuando entró la señorita Adela Jiménez.

—¿Se puede? —la secretaria asomó su cara de liebre por la puerta.

—Casi —respondió el comisario bregando con un churro.

—El forense ha llamado. Dice que ha terminado con la joven.

—Voy para allá.

Se llevó el churro a la boca y sintió como si le hubieran disparado un cañón en el estómago. Dos lágrimas recorrieron su rostro congestionado.

—¿Le traigo un vasito de agua? —apuntó la secretaria. El comisario negó con la cabeza.

—Ya está, déjeme pasar —dijo tratando de salir del despacho.

—Es que, si me lo permite, julio no es mes para churros.

—Gracias por el consejo, le estaré eternamente agradecido si no me lo repite. Y esté al tanto por si hay más novedades.

—Sí, señor.

—Por cierto, ¿no está por aquí Fraguas?

—Llamó esta mañana diciendo que se encontraba mal. Su voz era la de un enfermo.

—No lo dude o se ofenderá con usted de por vida.

Dejó atrás a la administrativa con rostro de liebre y se dirigió en bici al cementerio de San Lázaro. «En un sitio tan chico como este es absurdo desplazarse en coche. La bicicleta no te hará ningún mal. Lo mismo bajas de peso», le argumentó en su día Clara, su mujer. Desde entonces, la bici era su medio de transporte. Pasó pedaleando por los gastados soportales del paseo del Generalísimo, que atravesaba de punta a punta la colonia. Estaba enjaezado con algunas banderas rojigualdas. Uno de los edificios, el de la notaría de don Alberto, exhibía del tejado al suelo un gran cartel con la efigie de Franco y debajo podía leerse: «ONU, vendidos al comunismo – ¡Viva el 18 de julio!». Faltaba poco para la fecha.

Solo un par de ultramarinos, atendidos por comerciantes somnolientos, aguardaba abierto a los primeros clientes. A lo largo del paseo los dinteles de las casas de piedra exhibían orgullosos blasones que daban a San Roque on-the-Rocks, un anfiteatro de viviendas asomado a los acantilados de Devon, cierto toque hidalgo y santanderino. Culebreó por las callejuelas del casco antiguo, con fuentes barrocas en los cruces y dos iglesias envueltas en yedra y atravesó el barrio andaluz, uno de los pocos vestigios de la Exposición Hispánica de 1930, además del casino. Enclavado en un antiguo pasto comunal, el barrio ofrecía un tipismo de cartón piedra inspirado en las obras de los Álvarez Quintero. Las casas encaladas, las capillas callejeras y los patios morunos con macetas resultaban una anomalía urbanística en ese clima tan afín a la borrasca. «Otro capricho del memo de Primo de Rivera, que en gloria esté», pensó mientras se daba ánimos para encarar la cuesta del cementerio, asomada al mar pastoso y gris. El bosque de cruces blancas, los cipreses centenarios queriendo rascar las nubes y los medallones de la Virgen de la Victoria en las tumbas recalcaban su talante católico, apos-

tólico y romano. Por encima del camposanto continuaba un camino apto solo para las cabras y para los romeros que cada año subían hasta la ermita de San Roque, patrón de la colonia.

Mientras pedaleaba, cada vez con más dificultad, volvió a visualizar los ojos de huevo de Primo de Rivera y lanzó un escupitajo a la hierba de un verde intenso. El dictador había propiciado que tras unos prometedores años de servicio en una comisaría de la Diagonal de Barcelona fuera enviado a este destino de opereta. Había hecho algunos comentarios sobre la situación política que fueron oportunamente aireados. «Consuélese Mompou, en el Protectorado de Marruecos sí que las iba a pasar canutas. Un par de años por esos aires del norte y a casa», le soltó Benítez, que ya sabía que iba a ocupar su puesto. «Lo mismo fue ese majadero», pensó. De hecho, en todo el tiempo que llevaba en San Roque había barajado a diez posibles responsables de un destierro que no amainó durante la República y que, por alguna razón inaprensible, tampoco lo hizo al ganar Franco la guerra. Los vecinos aires británicos parecían haberle sentado tan mal como a esos atormentados reyes de Shakespeare y en sus ratos libres no dejaba de elucubrar, con el consiguiente cabreo de su esposa. «A ver si te acostumbras a vivir aquí de una puñetera vez», sentenciaba Clara con sabiduría, pues pronto se cumplirían dos décadas de su llegada.



UNA DESDICHADA SOLUCIÓN arquitectónica había adherido al costado izquierdo del cementerio la sala de duelos y las dependencias de Sebastián Aguirrechu, el joven médico forense. Llevaba dos meses en la colonia estrenándose en la profesión. En

ese escaso tiempo los sanroqueños ya habían advertido que a todas partes le acompañaba un intenso tufo a formol.

—¡Ah, Mompou!, ¡buena caminata!, deje la bici y pase.

El doctor aguardaba en la puerta. Su flequillo negro era avivado por el viento que a esa hora de la mañana coronaba de crestas de espuma las olas, que sonaban lejanas y tristes antes de acabar en la playa del Desembarco. El forense tenía ojos de un azul desvaído, como una ténpera disuelta en agua.

—¿Alguna novedad? —preguntó con resuello.

El último trecho casi le había dejado clavado en la bici y tuvo que ponerse de pie para ganarle centímetros a una cuesta tan endiablada.

—Alguna hay. Usted primero, pero será mejor que antes le acerque un vaso de agua. Suda como un pollo.

Bebió de un tirón. Las gotas le bajaron por el gárgate en una rauda carrera. Mientras reponía líquido escuchó una radio en el cuarto de al lado. Noticias de la BBC en español.

—Gracias, cuando guste.

El forense retiró la sábana. En la mesa de mármol yacía la mujer que perdió la vida junto a la farola díscola.

—Es una joven de unos 20 años, 1,60 de estatura. Murió de una puñalada en el pulmón izquierdo. Tiene además un fuerte golpe en la frente a causa de la caída.

—¿Cayó sin más en la acera?

—No puedo precisararlo.

—¿Y el puñal? Cuando llegué, ese majadero de Villegas, el escritor que dio el aviso, se lo había quitado del pecho. Decía que no quería verla así, apuñalada.

—Los escritores son muy sensibles. Ahí lo tiene —dijo señalando una mesita auxiliar—. No es de importación. Acero toledano. Puede encontrarse en todo San Roque.

El inspector cogió el arma y la examinó. Llevaba grabado en el mango el escudo de la colonia: un monte con una ermita y al pie tres carabelas.

—Recuerdo para turistas.

—Lo pudo comprar cualquiera, probablemente un visitante.

—¿Sabemos algo más de la joven?

—No mucho más, la verdad.

—¿Y esto? —dijo señalándole la mano derecha— ¿No es la huella de un anillo?

El forense enrojeció.

—Disculpe, lo había olvidado. Soy nuevo y...

—No hay que disculparse. Vea, llevó hace poco un anillo. De boda o de compromiso.

—Esos detalles son ya de su negociado —dijo Aguirrechu. Fumador compulsivo, había encendido un puro nada más entrar y las volutas trazaban arabescos que se disolvían a cámara lenta en el techo.

—¿Algún indicio más? En sus ropas no había ninguna documentación y no llevaba bolso.

—Nada más y no me atrevo a decir si era de San Roque o de fuera. La camisa está hecha en España pero la falda y los zapatos son ingleses. Así van casi todas. El sol alumbra a todos por igual; es decir, bastante poco.

El comisario dejó escapar una leve sonrisa. Había tocado su punto débil, el mal tiempo.

—Coincido con usted. Lo peor de este sitio es el clima. Incluso en invierno en Galicia hay días buenos, mientras que aquí... —Mompou echó una mirada tétrica a la puerta de entrada, donde se arracimaba la sesión mañanera de nubes.

El forense soltó un círculo de humo perfecto que alcanzó la cara del comisario.

—Ya debería haberse acostumbrado, deje de deprimirse. ¿Sabe?, aquí no se vive tan mal. El estar lejos tiene sus ventajas. Bien mirado esto es una suerte de territorio independiente.

—¿Independiente?, ¡y un cuerno! —soltó molesto mientras despejaba el humo con la mano—. Haga el favor de decirme quién hay en ese cuadro.

—Ya...

El comisario señalaba el retrato del general que presidía la habitación. Hubiera dado un imperio por meterle al Jefe del Estado el dedo en el ojo.

Los dos hombres salieron del desacertado anexo del campamento. Las olas seguían sonando apagadas y tristes, igual que los rezos en Viernes Santo.

—Bien, vuelvo a la comisaría, a ver si hay más datos sobre la chica. Y un consejo de amigo —dijo señalando la habitación de al lado—, no ponga mucho la BBC, las radios las carga el diablo y cualquier día se busca un disgusto por escuchar propaganda antiespañola.

—Gracias comisario, se lo agradezco, no me había dado cuenta.

—Es un consejo amistoso, no se apure. Aquí todos la escuchamos, hasta los más adictos al régimen. Hay que enterarse de lo que pasa en el mundo.

—Muchas gracias. Esperaré sus noticias. —El forense regresó a sus dependencias.

Antonio Mompou se disponía a coger la bici cuando se percató de un importante detalle. «¿Y la bici?», masculló. Miró y remiró, salpicando la búsqueda de improperios. A pocos metros, asomado a un seto, un grupo de ovejas parecía seguir su infructuosa búsqueda con cierto interés.

—¿Pero quién *collons*...?

El comisario pateó furioso el cementerio en busca del ladrón, oteó la cuesta que tanto le había costado subir y trató de vislumbrar un objeto metálico con dos ruedas a los mandos de un desalmado bajando al pueblo. Sin resultado.

—¡Empezamos bien el día!

Mientras desandaba el camino entre resoplidos echó mano de los clásicos para tratar de calmarse. Desde su juventud había sentido predilección por los autores que llevaban más de tres siglos muertos, lo que le granjeó en el cuerpo policial fama de excéntrico e hizo crecer la desconfianza entre la mayoría de compañeros, incómodos por contar en sus filas con un lector incapaz de contentarse con el canon hispánico de lectura, que incluía nociones elementales del *Quijote*, alguna novela de Blasco Ibáñez y lo que deparaba el Almanaque Zaragozano. Recordó entonces todas esas situaciones en las obras de los trágicos griegos en las que la protagonista anhelaba la llegada del héroe, enviado de los dioses, para ajustar cuentas con los tiranos. En esos momentos, respirando con bastante dificultad el aire vivificador de San Roque on-the-Rocks, su destierro perpetuo, deseó que al nuevo propietario de la bicicleta le partiera un rayo. Un rayo de Zeus si era posible.



—¿ALGUNA NOTICIA?

—Comisario, ¿viene de hacer el Camino de Santiago?

—Vengo de trabajar, ¿y usted? —espetó fastidiado mientras trataba, sudoroso, de quitarse el barro de los pantalones.

La secretaria no entró al trapo y se limitó a encoger la nariz como haría una liebre.

—Han denunciado hace una hora la desaparición de una chica inglesa de 19 años. Acaban de subir a identificar el cadáver.

Mompou se desplomó rendido en el sillón.

—¿Quién?

—La familia con la que estaba interna, los Fratelli. Cuidaba a dos niños. Al parecer tenía todos los papeles en regla. Entró en San Roque con contrato previo y no han sabido nada de ella desde anoche cuando, se supone, debía estar en casa con los nenes.

—¿Cómo se llama?

La señorita Jiménez se acercó una hoja hasta rozarla con las pestañas. Daba la impresión de que la examinaba antes de engullirla.

—Eli-za-beth Wood —leyó con dificultad.

—¿Sigue sin dominar el inglés estando donde estamos?

—Disculpe señor, es que tendré que ponerme gafas.

—Bien, ¿coincide la descripción con el cuerpo y las ropas?

—En todo. La desaparecida tiene el pelo rizado castaño, no es muy alta...

—Avisé a la familia para que vaya a reconocer el cuerpo.

—Acabo de comentarle que ya ha subido alguien.

—Bien, bien —replicó molesto. Estaba descentrado—. Y oiga señorita Jiménez...

—¿Señor? —La administrativa le dirigió una mirada perdida. «Está cegata», concluyó Mompou. El comisario iba a mencionar la desaparición de la bicicleta pero, consciente de la hilaridad que podía provocar, frenó a tiempo.

—Nada, nada, consígame para mañana un listado de pequeños hurtos en lo que llevamos de año. Tengo que ir comprobando las estadísticas. ¡Ah! —añadió cuando la secretaria abrió la puerta— y llame hoy mismo a un oftalmólogo.